

Hergé. En primer lugar, recorren su obra las huellas de su participación en los *scouts*, y el puesto de jefe de patrulla que obtuvo a los diecisiete años. Según el articulista: «La experiencia scoutista lo marcó indeleblemente, dándole una moral: las virtudes legendarias de lealtad, cortesía, dedicación, franqueza, etc., que él va a traspasar por entero a su héroe»⁶.

Por otro lado, Rojas Mix destaca la influencia del movimiento político «Rex», inspirado en la Acción Francesa de Charles Maurras, que fue lanzado en 1925 en *XXème Siècle*, la revista donde él publicaba sus primeras historietas. El *rexismo* «defendía las jerarquías naturales al interior de la sociedad, el valor de la familia y la propiedad, la dignidad de la persona humana y creía que los pueblos de Occidente a través de la moral cristiana tenían la función ‘misional’ de restablecer el orden y defender la civilización en el Tercer Mundo». Uno de sus lemas era «Ni Washington ni Moscú» (158).

Como producto de estas dos influencias –los *scouts* y el Movimiento Rex–, Rojas Mix habla del colonialismo y del «mal disimulado racismo» de Hergé, recordando que en la versión original de *Tintín en el Congo*, Tintín se refiere al colonialismo como «una misión sagrada de la civilización» (160-161)⁷. En las aventuras propiamente hispanoamericanas, esta visión racista y colonialista se observa, según Rojas Mix, sobre todo en el exotismo, en la visión caótica de unas luchas sociales vaciadas de su contenido político, y en el papel que representa Tintín como «salvador» de la barbarie, de la ignorancia y del subdesarrollo (161-163).

La verdad es, sin embargo, que Tintín se preocupa muy poco por el destino de los países hispanoamericanos que visita. Intenta remediar, eso sí, las ‘injusticias’ que encuentra en el camino, pero la amoralidad imperante en estos países, parecería estar demasiado arraigada para que él interviniera como «salvador». De hecho, su participación en la vida política hispanoamericana se debe, en cada momento, a factores puramente estratégicos: la búsqueda de la escultura robada en *La oreja rota*, del Profesor Tornasol en *El templo del Sol*, y de Bianca Castafiore en *Tintín y los pícaros*.

Charles Wiener y Hergé

Aparte de las influencias señaladas por Rojas Mix, habría que resaltar el impacto de *Pérou et Bolivie* (1880), de Charles Wiener, en la visión

⁶ Araucaria de Chile 27, Madrid (1984): 156.

⁷ Estas ideas de Rojas Mix son compartidas por Valentine Cunningham, en un artículo «Xenophobia for Beginners», quien destaca cómo Tintín critica sólo el imperialismo ajeno (recuérdese el papel de las compañías norteamericana e inglesa en *La oreja rota*): «Hergé appears to criticise only the imperialism of nations other than his own. The behaviour abroad of Germans, Russians, Greeks, Americans, Britons and Japanese is what appals Tintin» (Times Literary Supplement, 25 de Noviembre de 1983: 1316).

que tiene Hergé de Hispanoamérica⁸. Este libro fue el resultado de una expedición arqueológica y etnográfica de dos años (1875-1877), dirigida por el propio Wiener, que volvió a Francia con cuatro mil piezas para el nuevo Muséum Ethnographique de París⁹. Los dibujos de *Pérou et Bolivie* han dejado una huella inconfundible en el dios solar y las momias incaicas de *El templo del Sol*, pero incluso más importante, quizás, ha sido la influencia sobre Hergé de la celebración que hace Wiener de la civilización incaica, y sus lamentos por la decadencia de la cultura indígena posterior a la Conquista.

En el prólogo del libro, Wiener declara su intención de rescatar del olvido la grandeza de la sociedad incaica precolombina: «Ce soleil des incas brutalement éteint à l'apparition de la croix espagnole» (ii). En cambio, el etnógrafo francés consideraba el país que él visitó, a finales del siglo pasado, un lugar irremediabilmente decadente y corrupto. Incluso los 'blancos', tan bien adaptados –en apariencia– a la sociedad peruana, pronto se corrompían: «Des familles de sang complètement blanc commencent généralement à dépérir à la troisième génération et s'éteignent dans un incurable rachitisme» (30)¹⁰.

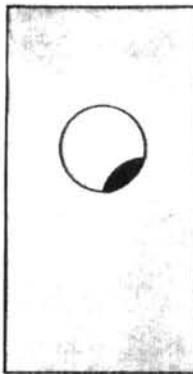
Los indígenas, por su lado, despojados de la fuerza unificadora del Inca (748), se habían visto reducidos a un «déplorable état de faiblesse morale», un pálido remedo de sus antepasados: «l'homme autochtone du Pérou est si bien mort, que, sans le sceau de granit qui se trouve au bas de son extrait de naissance lacéré par le *conquistador*, on ne saurait croire qu'il ait jamais vécu» (732). Como soldados, dice Wiener, los indígenas retenían algo del valor sangriento de los incas, pero sin ningún sentido de patriotismo, y sin poder adaptarse a la 'modernidad' (en el furor de la batalla, inevitablemente, tiraban los fusiles, para atacar mano-a-mano con sus machetes)¹¹. Habían perdido, eso sí, la tradición incaica del trabajo. El indígena «ne compte plus au point de vue économique», carecía del sentido de la propiedad privada que caracteriza (dice Wiener) a los pueblos que se desarrollan y se agrandan. En fin, el indígena peruano, bajo la

⁸ Harry Thompson ha subrayado la importancia del libro de Wiener en *El templo del Sol* (Hergé and His Creation, London, Sceptre, 1991: 136).

⁹ *Pérou et Bolivie: récit de voyages suivi d'études archéologiques et ethnographiques et de notes sur l'écriture et les langues des populations indiennes*, Paris, Librairie Hachette, 1880: viii.

¹⁰ Hay algunos detalles de Wiener que Hergé modifica con bastante gracia. Por ejemplo, el hidalguismo enfermizo de la sociedad criolla condujo, según Wiener, a un ejército que contaba con un coronel por cada seis soldados (30); Hergé parodia esta situación al referirse a las condecoraciones repartidas con tanta facilidad por Alcázar, hasta el punto de tener 3.487 coroneles y sólo 49 soldados (La oreja rota: 22).

¹¹ Wiener ofrece una imagen grotesca de este salvajismo (estereotipado) de los indígenas: «Il se bat quand son officier le commande, sans conviction, mais avec une rage effrayante. Il ne blesse pas, il tue; alors sa figure mélancolique s'anime, son regard s'allume, sa bouche s'ouvre dans un large rire de satisfaction» (737).



mirada del francés, era poco más que un animal: «Il n'est pas même égoïste, il est nul, semblable à la bête qui boit quand elle a soif, qui va au pâturage quand elle a faim, sans emmagasiner l'eau, sans faire provision de fouflage» (736).

Este eurocentrismo puro y duro de Wiener, con su nostálgica visión de la grandeza perdida de los incas y de la degradación irreparable de la actualidad peruana (hispanoamericana), cabía muy bien dentro de la visión del mundo de Hergé. Éste traslada las ideas del francés a otro contexto histórico, pero Hispanoamérica, a mediados del siglo XX, sigue retratándose como un continente fatalmente condenado a una sucesión incesante de generales amorales y sangrientos, y a una decadencia *esencial*, en flagrante contraste con la grandeza esencial de la sociedad incaica anterior a la Conquista.

Monterroso y *El templo del Sol*

De acuerdo con las tesis de Wiener, hay un contraste, en *El templo del Sol*, entre la corrupción y la cobardía de los peruanos –blancos e indígenas– en Callao y Jauja, y la imagen grandiosa del Inca y sus seguidores, enclaustrados en un pasado inmortalizado. Hergé hace un gran esfuerzo por exaltar la nobleza de esta sociedad, mostrando comprensión por el odio del Inca hacia los conquistadores que saquearon las tumbas de sus antepasados¹². No obstante, estos indígenas nobles no dejan de ser seres primitivos e ingenuos, fácilmente engañados por la astucia europea. Condenado a muerte –a la hora y en el día de su propia elección, según la merced ofrecida por el Inca–, Tintín lee, en un recorte de periódico, que habrá un eclipse solar en dos semanas más. Inspirado, el joven ‘héroe’ articula un plan...

En las últimas páginas de su libro, Hergé presenta a Tintín, al capitán Haddock y al profesor Tornasol, ataviados para el sacrificio encima de una hoguera. A la hora estipulada, el Gran Sacerdote del Sol se acerca con una lupa para encenderla, mientras otro sacerdote entona una oración al Sol –«¡Oh Pachacamac, poderoso astro del día, tú que hiciste el mundo, tú que lo animas, haz que tus rayos verdaderos purifiquen a estos sacrílegos» (58)–. De repente, Tintín lo interrumpe, pidiendo al «Sol poderoso»

¹² En cambio, Hergé insiste en la excepcionalidad de ‘saqueadores’ posteriores como Wiener. La historia de *El templo del Sol* tiene que ver con una misteriosa enfermedad sufrida por siete arqueólogos, después de una expedición al Perú. Una vez liberado, al final del libro, Tintín le pide un favor al Inca: que libere también a estos hombres de su sufrimiento. Cuando el Inca argumenta que merecen el castigo, por haber violado las tumbas y robado tesoros sagrados, Tintín discrepa, señalando que su único deseo (como el de Wiener) fue el de divulgar por el mundo el esplendor de la civilización incaica (60).